

EL TLACUACHE

Patrimonio de Morelos



Centro INAH Morelos

Editorial

¿Por qué denominar *Tlacuache* a este suplemento cultural que representará al Centro INAH Morelos a través de la pluralidad de sus voces académicas? En estos agitados tiempos donde se desvanecen muchas de las certidumbres de nuestra tardía, contradictoria, azarosa y agotada modernidad, asumir como símbolo al *Tlacuache*, escrito provocadoramente con mayúscula, tiene varios sentidos, muchos más de los que podemos acotar en esta circunstanciada presentación editorial. No podría ser para menos, todo símbolo a diferencia del signo es portador de muchos sentidos explícitos y herméticos, coherentes y contradictorios; es más, éste en particular, lo dejamos abierto a nuevas reelaboraciones y cargas de sentido. Una revisión histórica del simbólico tlacuache nos aportará algunas pruebas al respecto.

El Tlacuache, suplemento, aspira contracorriente a convertirse en un mirador cultural de lo local-mundo, un espacio de reflexión abierto a muchos tiempos e identidades principalmente regionales, un puente entre las tradiciones y los cambios culturales deseables y posibles. La fecundidad de nuestras ideas y escritos hará honor a uno de los más apreciados atributos de nuestro controversial símbolo.

El tlacuache, ahora con minúsculas, usado en la misma dirección que el habla popular del castellano, es un término tendencialmente devaluado y nombra a por lo menos media docena de variantes de una peculiar especie de marsupiales. Estos viven a lo largo y ancho de todas las Américas, que casi podríamos postularlo como un símbolo a la medida de la ALCA, por denso, contradictorio e impredecible. Recordemos que el mito más importante del tlacuache, sumamente extendido y rico en variantes, es el que relata las proezas del marsupial como un prometeo americano.

En fin, el tlacuache tiene complejas ligas con lo invisible y lo sagrado que se remonta siglos atrás, asociado a proezas míticas cumplidas en todas las Amé-

ricas. Es el jefe del mundo, el resistente a los golpes, el despedazado que resucita, el astuto que se enfrenta al poder de los dioses, el jefe de los ancianos consejeros, el civilizador y benefactor, el abuelo respetable y sabio, el arrojado. Las imágenes que gravitan en los más plebeyos escenarios morelenses, no contradicen sus atributos, por el contrario refrendan el que sea astuto, ladrón, borracho, fiestero, parrandero y lascivo, pero sobre todo muy de acá, de lo nuestro, tanto que hasta bien ayuda a las parturientas.

El Suplemento Cultural *El Tlacuache* es un esfuerzo que se suma a muchos otros, al del investigador o investigadora de las muchas disciplinas antropológicas, al restaurador, museógrafo, arquitecto, biólogo, abogado que, aún con limitados recursos genera conocimientos, propuestas y acciones culturales congruentes con la difusión y defensa del patrimonio cultural; al de custodio y el velador de zonas arqueológicas y museos, al del maestro quien enseña en aulas y en el campo la vitalidad y riqueza de nuestra diversidad cultural pasada, presente y futura. En fin, al de todos nuestros lectores empeñados en construir el México incluyente que todos merecemos.

La pluralidad es el signo distintivo de los tiempos actuales, la que se refleja en la diversidad de orientaciones y criterios que se exponen en esta publicación con número de ahora en adelante. Todo esto con el fin de enriquecer el conocimiento sobre nuestra cultura y alentar su valiosa participación en el proceso histórico y cultural de nuestro país. Por ello, con orgullos para el pueblo de Morelos presentamos esta publicación que será producto del esfuerzo de muchos, y que aspira a ser esencial como prueba de la participación solidaria de quienes de alguna manera pretendemos contribuir al progreso y desarrollo de Morelos, atendiendo a la continuidad y al cambio que demanda la identidad morelense.

Tlacuache: los animales como personajes del mito

◆ Alfredo López Austin ◆

El Dr. Alfredo López Austin es especialista en la historia mesoamericana, sobre todo en la cosmovisión de los antiguos pueblos. Entre los sistemas que conforman esta cosmovisión se encuentran la religión, el mito, la magia, entre otros. Pero de estos sistemas solamente se han recuperado escasos fragmentos, por lo que diversos investigadores, entre ellos el Dr. López Austin, proponen el estudio de las narrativas indígenas producidas desde la conquista española hasta nuestros días para obtener mas información sobre la cosmovisión mesoamericana. Por supuesto, en ese análisis el Dr. López Austin considera que esas creencias, mitos y ritos, que hacen referencia a su origen mesoamericano, han sido transformados por las condiciones de explotación y penetración ideológica de la colonia y que

continúa en la actualidad.

A partir de seguir las andanzas del tlacuache, el Dr. López Austin presenta un ejemplo de este tipo de análisis. Creemos importante dar a conocer el siguiente artículo que apareció en la revista de Arqueología Mexicana, número 35



(parte de un ensayo mayor titulado "Los mitos del tlacuache", reeditado por la UNAM) porque este suplemento lleva el nombre de "El Tlacuache".

El personal del Centro INAH Morelos escogió al tlacuache porque las aventuras de este personaje mítico, ladrón, borracho, parrandero y apuesto, aparecen a lo largo del devenir mesoamericano, colonial y actual. Sus andanzas engloban las disciplinas presentes en el Centro INAH Morelos: arqueología, historia, antropología y las relacionadas con la conservación de nuestro patrimonio histórico. GCA

En el tiempo-espacio del mito

Para quien cree en el mito, hubo un *allá-*

entonces anterior a la existencia del mundo. Fue el tiempo-espacio en que el mundo fue concebido, formado, ordenado y puesto en marcha. Durante la creación, las fuerzas proteicas se revolvieron sobre sí mismas como agentes y embriones de lo que serían las criaturas. Sus combinaciones llegaron así a un punto culminante: el gran momento en que todo quedó integrado, perfilado, terminado; el gran momento en que todo adquirió su ser definitivo. A partir de ese instante, el mundo, ya sólido, alumbrado por la luz primigenia del Sol, inició su existencia.

¿Cómo imaginar los procesos creativos del tiempo mítico? El creyente los vislumbró como proezas extraordinarias, como luchas entre las fuerzas formadoras, y éstas tomaron las figuras de personajes —héroes y villanos de

Sigue en la pág. IV



Universo simbólico del Tlacuache:

¿Ladrón del fuego o héroe civilizador?

◆ Emiliano Melgar Tísoc ◆

Para Ana Correa,
ejemplo de vida

Cambios vertiginosos como la Caravana del Ejército Zapatista de Liberación Nacional a la Ciudad de México y su presencia en la Tribuna del Congreso de la Unión se han dado en el actual contexto mundial del resurgimiento y presencia de los pueblos con trayectorias históricas de larga duración (entre los que se encuentran los llamados indios o indígenas del continente americano). Es importante que personas e instituciones reconozcan explícita y respetuosamente el gran cúmulo de saberes que pueden aportar los que aún son contemplados como objetos y no como actores centrales de su experiencia. No hay que seguir el pésimo ejemplo que TV Azteca y sus prejuiciosos reporteros hacen con respecto a los usos y costumbres de los pueblos indígenas; enjuiciándolos *a priori* y calificándolos de primitivos y hasta aberrantes como algo inconcebible en los inicios del siglo XXI.

Estos renovados procesos de identidad entre los pueblos de indios u originarios, y de los países que los alojan, están impulsando un proceso contrario -la diversificación y atomización nacional- que requiere urgentemente solución, como la revisión de las relaciones interculturales ante las cuales la idea de la desigual difusión cultural deberá sustituirse por la de un intercambio equitativo, vinculación y expansión de todos aquellos saberes y manifestaciones culturales locales y regionales. Un verdadero esfuerzo por acercar a los creadores indígenas y sus simpatizantes con el público en general o sociedad civil deberá estar encaminado a convertirlos y hacerlos un solo sujeto diverso e interactuante. Esto fortalecerá la generación, desarrollo y fuerza del saber y su reflexión comunitaria, y como tal, la creatividad social; lo que podría ser el primer eslabón de un proyecto mucho más amplio que haga florecer sabiduría desde diversos rincones. Este deberá ser uno de los objetivos a seguir en *El Tlacuache*, nuevo suplemento cultural de *La Jornada de Morelos*; el cual esperamos se cumpla día a día, número con número.

En esta ocasión, aprovechando a este gracioso animalito, el tlacuache (llamado también *tlacuace*, *tlakwatsin*, *tlacuatzin*, *tacuazin*, etc.), “el comeloncito”, queremos señalar algunas de las funciones sociales y simbólicas que desempeñaba. Para los indígenas, la tradición oral, las historias plasmadas en sus vestidos y otros textiles, las decoraciones y motivos de su cerámica, la fiesta como espacio de encuentro e incluso sus esfuerzos de organización de todo orden, el teatro, la danza y la música en estos espacios, siguen siendo herramientas útiles para el ejercicio del conocimiento en

sus entornos y fortaleciendo sus vínculos comunitarios: la vida en un pueblo, en un barrio, es también un retrato vivo de sí mismo, un retrato comunitario (Berger, 1979).

Por ello, emanadas del corazón de la gran tradición mesoamericana, imágenes, mitos y leyendas indígenas incorporan a los animales cargados de simbolismo, combinando sentimientos de admiración y temor, beneficio y destrucción, al mismo tiempo. Sus fascinantes historias llegan hasta nosotros que divierten y concientizan. Estos pueblos se supieron, y aún se saben, portadores de un gran legado cultural. Fueron grandes artistas, cultivaron la música, la escultura, la pintura y desde luego la poesía, donde los mitos y leyendas ocuparon un lugar fundamental. Por ejemplo, en el *tepochoalli*, los niños y los adolescentes aztecas recibían una educación orientada hacia la vida práctica y la guerra, pero también aprendían las virtudes cívicas y sociales a través de los mitos, las leyendas y los cuentos, que subrayaban las virtudes de honor, dignidad, amor a la tierra y al pueblo, constancia y fidelidad, pero también lo reprochable, lo nefasto, lo desconocido y lo temido.

“De cómo un tlacuache perdió su colita” es una leyenda mazateca recopilada por Mario Iván Martínez que nos lleva a conocer una de las más divertidas e ingeniosas leyendas del México prehispánico. Cuenta esta historia cómo los antiguos pobladores estaban deseosos de atrapar al fuego. El tlacuache les expresa su capacidad para hacerlo, así que este vivaz animalito parte en búsqueda del Dios de las eternas llamaradas. En su camino tropieza con innumerables aventuras en las que aprendemos cómo el ocelote consiguió sus pintitas y cómo el sapo consiguió traer la lluvia a la gran Cuenca de México con la ayuda de sus hijos. Una vez que el osado tlacuache llega con el Dios del Fuego y logra hacerse su amigo, el animalito roba un carbón incandescente de la perenne fogata de la deidad. El tlacuache corre de regreso con el pueblo azteca con el carbón enredado a su cola y llega triunfante a cumplir su cometido, a pesar de que debido a la quemazón que le produjo el ardiente carbón, pierde su cola. Por esto, de acuerdo con

las creencias de nuestro antepasados, los tlacuaches carecen de ella. El mundo natural devela entonces su armónico y divino simbolismo, cargado de energías positivas y negativas.

Otra leyenda, con matices de mito cosmogónico, llamada *Tlakwatsin*, de José Antonio Flores Farfán, cuenta que:

“En el principio existieron dos niños que eran ni más ni menos que el Sol y la Luna. Una viejita que pescaba en el río con ayate los encontró y al recogerlos murmuró:

-Ahora ya tengo mis hijos- Y se alegró mucho.

Los niños crecieron muy traviesos, y llegó un buen día en que le preguntaron a la viejita por sus padres.

-¿En dónde están nuestros papás? Queremos conocerlos.

La viejita les contestó.

-El padre de ustedes no está aquí: vive en el monte.

Y entonces aprovechó para preguntarles si querían llevarle algo de comer, y así lo podrían conocer. Ellos le contestaron.

-Sí, vamos a ir, porque realmente lo queremos conocer.

Y la ancianita preparó la comida, y les indicó a qué lugar la llevarían. Y entonces fueron a llevarla, pero por más que buscaron, no encontraron a su padre, sino a un venado. Y se dijeron:

-Este venado no puede ser nuestro padre.

Inmediatamente mataron al venado, y lo cargaron llevándolo hacia un gran cerro donde sabían que había una hechicera, que custodiaba el fuego de todo el mundo.

Y cuando los niños llegaron donde estaba la hechicera, le pidieron fuego para cocinar una barbacoa de venado.

Pero la mujer no quiso darles nada, porque pensaba que iban a quemar el monte.

Y entonces, los niños le pidieron al tlacuache que él fuera con la hechicera, a conseguir el fuego que el Sol y la Luna (esos niños) anhelaban. Y el tlacuache se metió al río y de inmediato, todavía mojado, se presentó con la hechicera.

Humildemente, titiritando, le dijo: -Madrecita, tengo frío. Hazme un lugarcito junto a tu lumbre para calentarme. Y la hechicera le creyó. Y el tlacuache aprovechó un descuido y metió la cola en la lumbre. Así obtuvo el

fuego para que el Sol y la Luna pudieran hornear el venado y comérselo en barbacoa. Desde entonces, el tlacuache no tiene pelos en la punta de su cola.”

Como podemos apreciar, el universo simbólico del tlacuache está inmerso en la larga tradición religiosa mesoamericana, por varios de sus rasgos que comparten los campesinos de Mesoamérica. Así, al sentar bases firmes para investigar, entender, revitalizar, expandir y hacer una primera síntesis del ámbito mitológico en Mesoamérica, Alfredo López Austin fue muy certero en elegir al tlacuache como centro de su discurso en su famoso libro *Los mitos del tlacuache, caminos de la mitología mesoamericana*. Dentro de esta misma tradición, el tlacuache es el robador del fuego; aquél que birla conocimiento a los dioses para brindarlo a los seres humanos. Este marsupial, el único autóctono americano, tiene también una curiosa recurrencia a la aparente -o real- resurrección. Como imagen y alegoría, el tlacuache es entonces rima o pariente de Prometeo, el titán encadenado por sustraer el fuego y mostrarlo al hombre y que en su tortura regenera su hígado todas las noches después de que le ha sido devorado por tremenda ave de rapiña. La imagen funciona, porque hoy día hay evidencia de que la tradición indígena, al igual que el astuto ladrón del fuego, transmuta y permanece, establece y renueva su tejido ideológico en prácticamente todos los ámbitos de la vida humana donde tiene vigencia. Como tlacuache, el saber ancestral -pese a sufrir transformaciones interminables- resucita aquí o allá, variando los rasgos de sus personajes, adaptándolos o asimilándose con otras tradiciones y no obstante conserva elementos que permiten conocer y reconocer su pasado y trayectoria.

Resucitar al tlacuache que desde distintos rincones revive y transmuta es -valga la redundancia- darle vida a la vida. Para John Berger, el crimen más grande del poder es “el crimen de negar a la gente su identidad. El crimen de empujar a un pueblo a sojuzgarse a sí mismo mediante los criterios de sus opresores” (Berger, 1972, p. 226).

Bibliografía

Berger, John, *Pig Earth. Writers and Readers*, Londres, 1979.

Berger, John, G. *A novel*, Vintage Books, Nueva York, 1972.

De cómo el Tlacuache perdió su colita, leyenda mazateca recopilada por Mario Iván Martínez, Cuentos del México Antiguo/Museo de la SHCP, Antiguo Palacio del Arzobispado, Centro Histórico de la Ciudad de México, 6 de mayo, 13:30 pm.

El Tlacuache. Tlakwatsin, versión de José Antonio Flores Farfán, Ediciones Corunda/CIESAS, 1993.

López Austin, Alfredo, *Los mitos del tlacuache, caminos de la mitología mesoamericana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.





Algo... acerca del Tlacuache

◆ Lizandra Salazar Goroztieta ◆

En este artículo abordaremos aspectos biológicos y usos sobre una especie de animal que ha sido muy importante en nuestra cultura ya que esta representado en códices, vasijas, incensarios y en otros elementos prehispánicos; es un ser mitológico ya que existen leyendas y mitos sobre el Tlacuache, los cuales serán mencionados por los expertos en el tema.

El TLACUACHE es un animal de origen mexicano, también se le conoce como “zarigüeya” por los indígenas guaraníes en Sudamérica o como “oposum” en los Estados Unidos de Norte América. Ha sido un animal de gran importancia desde la época prehispánica como lo citan algunas fuentes históricas del siglo XVI, su nombre nahuatl es TLACUATZIN como lo refiere Hernández y Sahagún.

Se encuentra ampliamente distribuido por el continente Americano desde el este de los Estados Unidos hasta Centroamérica, se desarrolla en casi toda la república mexicana, en Morelos se encuentra en todos los ecosistemas.

En su clasificación zoológica recibe el nombre científico de *Didelphis virginiana* pertenece a la familia DIDELPHIDAE, es una especies de mamífero del tipo de los marsupiales. Son animales de talla mediana, robustos y de cuerpo relativamente pesado, orejas grandes de color negro, del 80 al 90% de su cuerpo es el tamaño de su cola larga, presenta pelaje de color gris negruzco, la cola es desnuda, sólo en la base presenta pelo y en las patas traseras, una característica específica es que las patas presentan

cinco dedos que están provistos de garras, a excepción del dedo pulgar de la pata posterior que no tiene uña y es oponible a los demás.

Esta especie cambia el pelaje varias veces al año por lo que se presenta una variación en la coloración de los animales; de febrero a octubre el pelo es más largo, menos abundante y presentan una coloración más oscura que la de noviembre a enero.

Su forma de alimentación es omnívora, comen frutas, aves, insectos, cangrejos, caracoles y anfibios.

En relación a su reproducción la hembra generalmente tiene 13 pezones pero puede llegar a tener hasta 17 dentro del marsupio; tiene dos periodos de reproducción uno al final del invierno y otro a principios del verano con un periodo de gestación de 11 a 13 días, nacen las crías en un estado de desarrollo muy prematuro por lo que continúan su crecimiento en el marsupio de la madre por un tiempo de dos meses, el promedio de crías por camada es de 13.

Lo típico de esta especie es que los animales son muy astutos, cuando son lastimados o están en peligro fingen estar muertos para morderlos o escapar de sus aprehensores. Son animales de vida nocturna y solitaria, pasan la mayor parte del día durmiendo en su madriguera y salen por las noches a cazar; trepan a los árboles con mucha agilidad; son depredadores de gallinas y de huevos de aves de corral; presentan una alta capacidad de adaptación en zonas rurales, suburbanas e inclusive urbanas.

En ambientes naturales la fauna silvestre especialmente el tlacuache juegan un papel muy importante como reservorio de parásitos convirtiéndolos en portadores de enfermedades parasitarias.

Se le atribuyen principalmente tres usos: el Medicinal, el Alimenticio y el Industrial (peletería).

Los usos medicinales que se le atribuyen son desde tiempos muy remotos, Hernández en los libros de Historia Natural de Nueva España, describe los usos del Tlacuatzin y cita lo siguiente: “La cola de este animal es un medicamento excelente, pues molida en dosis de una dracma y tomada a veces con agua sin haber ingerido antes ningún alimento, limpia admirablemente el ducto de la orina, provocándola y arrastrando con ella las piedrecillas y todo lo que obstruye su conducto, excita la actividad genésica, produce leche, cura las fracturas, los cólicos, acelera el parto, atrae las reglas, ablanda el vientre, y machacada y aplicada extrae las espigas que se han clavado en la carne; y quizá no hay medicamento más eficaz para producir todos estos efectos”.

Tradicionalmente a través del tiempo estos usos se han ido transmitiendo oralmente de generación en generación, actualmente es utilizado por las parteras tradicionales del estado de Morelos, ellas utilizan el cocimiento de la cola de tlacuache sola o mezclada con otras hierbas, la infusión se le da a tomar a la parturienta para acelerar el parto. Para evitar problemas la cantidad y la dosis deben ser exactas sólo las parteras saben como utilizarla adecuadamente.

En algunas poblaciones forma parte de la alimentación de los habitantes quienes se dedican a cazar a los tlacuaches con la finalidad de prepararlos en algún guisado para comérselo.

Otro uso es el curtido de la piel para la elaboración de bolsas, monederos, zapatos y otros adornos.

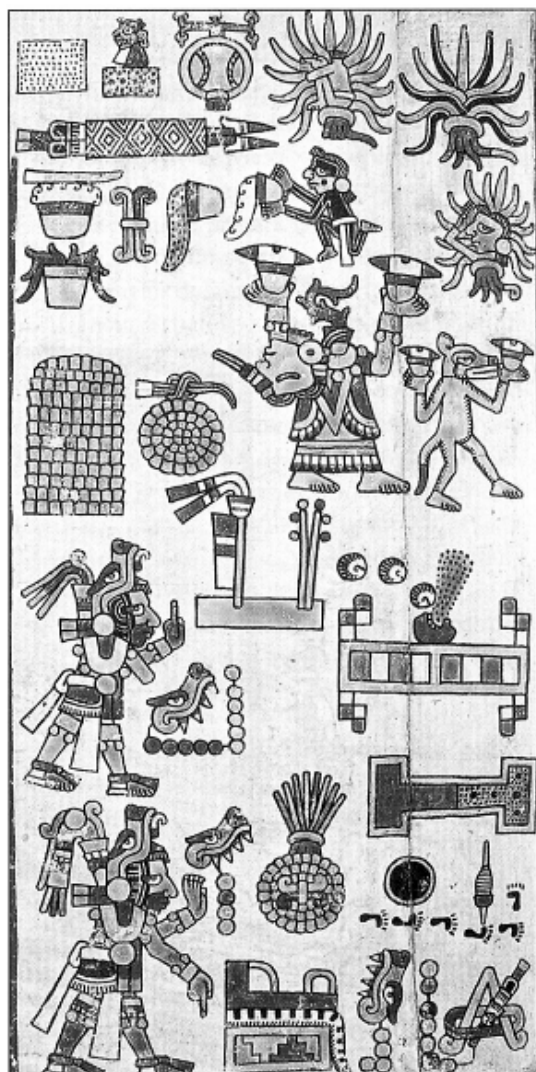
A pesar de que es un animal no muy agradable para la gente, por el aspecto semejante a una rata, cumplen con un papel muy importante en los ecosistemas, una de las funciones que tienen es que sirven como dispersores de las semillas en el pelaje y también cuando se comen los frutos ya que al defecar sacan las semillas que en muchas ocasiones al pasar por el tracto digestivo de los animales estas, están listas o prepa-

radas para la germinación.

Por todas las características y virtudes que ya se mencionaron sobre este especial mamífero vale la pena conservarlo y evitar agredirlos, lastimarlos o matarlos en el campo o en las carreteras. Los invito a cuidar nuestra fauna y flora que son parte de nuestro entorno en el que vivimos.

BIBLIOGRAFÍA:

1. Alvarez, C. 1996. “Los Mamíferos del estado de Morelos”. Centro de Investigaciones Biológicas del Noreste, S.C. 211 pp.
2. Hernández, Francisco. 1959. “Historia Natural de Nueva España”. Volumen II. Universidad Nacional de México. Pág. 298 y 299.
3. Nowak, R. y J. Paradiso, 1983. “Walker’s Mammals of the World” 4ta. Edición. The Johns Hopkins University Press. Baltimore and London. 568 pp.
4. Ortiz, V. 2000. “Fauna Parasitaria en *Didelphis virginiana* (Marsupialia: Didelphidae) y su Importancia Zoonótica en el Oeste del estado de Morelos”. Tesis de Maestría.





Tlacuache...

Viene de la página 1

aquellas aventuras- que entregaron su ser para dar origen a las criaturas del mundo. Son personajes muy variados y de hazañas muy diversas. Un sacerdote, por ejemplo, quebrantó su abstinencia; en castigo fue decapitado y adquirió la forma de alacrán, dando así origen a los alacranes del mundo. En otro relato, una santa fue enviada del cielo para investigar quién osaba asar y quemar los peces que habían quedado varados y muertos en el lodo al retirarse las aguas del diluvio. Tentado su apetito, probó la vianda prohibida. Como castigo, se transformó y quedó desde entonces condenada a permanecer en el mundo con un cuerpo torpe de gula, a devorar inmundicias y a llevar el nombre de zopilote. Con ella, y a partir de entonces, existieron los zopilotes.

En esta forma el creyente busca la razón de ser de las cualidades de cada uno de los seres mundanos. Explica su naturaleza imaginando en ellos esencias inmutables que se transmiten en las clases y en las especies, y que son imperecederas a pesar de la desaparición de los individuos. Al considerar inmutables e imperecederas cada una de estas esencias, el creyente les atribuye carácter divino y explica su presencia en el mundo imaginando un proceso en el cual muchos dioses (fuerzas formadoras personalizadas) otorgaron sus propias características a las criaturas. Más aún, los dioses dieron su propio ser, y quedaron prisioneros, como esencias, dentro de los seres mundanos. Dichos dioses, con sus propios rostros o ataviados como actores de las aventuras, son los personajes de los mitos. La santa enviada del cielo que abandonó su deber de mensajera es para el creyente, ni más ni menos, una esencia, la zopilotez del mundo, que, como heroína, completó en la aventura su carácter de golosa carroñera.

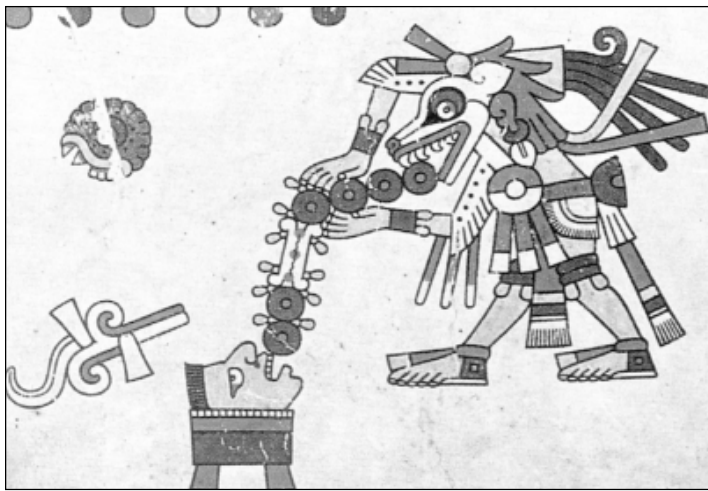
Los seres zoomorfos de las aventuras divinas

Una buena cantidad de personajes míticos tienen formas animales. Esto ha llamado la atención de los antropólogos. Algunos de los más distinguidos—Boas, Radcliffe-Brown y Lévi-Strauss, entre otros—han demostrado en tesis que presentan notables diferencias, el carácter de prototipos clasificadores del mundo que tienen las especies animales. De acuerdo con estas propuestas, los animales—junto con los astros y las plantas—sirven como sintetizadores de las propiedades de muchos otros seres, pues poseen una gran potencialidad simbólica. Por ello los animales, los astros y las plantas no sólo sirven como ordenadores de los demás seres, sino que sus propiedades, tanto las reales como las que les son atribuidas, explican las leyes aplicables a la naturaleza y a la sociedad en cosmovisiones que equiparan el orden social con el orden natural.

Es pertinente, sin embargo, hacer una

división de los personajes zoomorfos en los mitos. Tienen, al menos, dos funciones en los relatos de formación de las criaturas. Por un lado está el papel que señalan los antropólogos citados: el de símbolos poderosos; por otro, los personajes animales son en muchos mitos los generadores de sus propias especies. No es extraño que el ser divino que dio origen a las codornices sea presentado en el relato como “hombre-codorniz”, y que el que entregó su ser para formas a las hormigas arrieras sea llamado “hombre-hormiga arriera”. El llamarlos “hombre” permite descubrir su carácter personalizado: son seres pensantes y hablantes.

Por lo regular los personajes zoomorfos que dan origen a su especie animal poseen en el mito casi todos los atributos que tendrán sus criaturas. Es frecuente que en el momento final de la aventura adquieran la última de las características distintivas, algo así como la última pincelada que el pintor da a un cuadro. El conejo, por ejemplo, poseía hermosos cuernos en forma de ramas; pero se los prestó al ciervo, el cual, con engaños se quedó con ellos hasta el momento final de la creación. Como consecuencia los conejos no poseen cuernos, mientras que los ciervos tienen la cabeza adornada.



Los animales como símbolos poderosos

Cuando el creyente busca en el mundo las explicaciones que le permita operar eficazmente, ordena la diversidad global en casilleros de afinidades. Sus criterios de clasificación son innumerables: por un lado las cosas luminosas, por otro las esféricas, y por otro más las ligeras; aquí los seres en que se percibe envidia, allá los medrosos, y más allá los humildes; lo que crece se separa de los estáticos, lo frío de lo caliente, lo mayor de lo menor, lo masculino de lo femenino. Las cualidades son atribuidas a las esencias adquiridas por los seres mundanos en el tiempo de la creación, y su explicación se percibe en la aventura mítica. ¿A quién convertir en personaje? A quien muestre en su ser, en forma más patente, las cualidades clasificatorias.

Obviamente, no todos los símbolos animales tienen el mismo poder. La tuza intervendrá en los mitos royendo raíces y bejucos; el pájaro carpintero será el que rompa los cuerpos más duros para liberar tesoros ocultos; la hormiga será la cargadora de las riquezas, pero no mucho más. En cambio, el jaguar representará la oscuridad y la noche, el agua y la lluvia, lo terrible,

fuerte y feroz, el frío, lo primigenio e inculto, etc. Es un símbolo poderoso, como lo son la serpiente, el zopilote, el conejo, el águila, el mono, el colibrí, el cocodrilo, el perro... y el tlacuache.

Entre los múltiples mitos de los que es protagonista el tlacuache destaca, sin duda, el del robo del fuego, y abundan las versiones de sus heroicas aventuras. Sintetizando algunas de dichas versiones, puede narrarse que se comisionó sucesivamente a varios animales para que trajeran a la superficie de la tierra el primer fuego. Los comisionados fracasaron, y hubo que recurrir al tlacuache. El pequeño marsupial se trasladó al más allá, hasta el sitio en que un poderoso personaje, el dueño del fuego, disfrutaba de un beneficio que no compartía con los seres del mundo. El tlacuache se acercó con engaños a la fogata, tomó subrepticamente una brasa, y huyó con producto de su robo. El dueño del fuego lo persiguió durante buena parte del camino; pero el héroe pudo llegar victorioso a la superficie de la tierra y entregó el fuego a los mortales. En algunas versiones la llegada fue tan accidentada que el tlacuache murió o quedó partido en pedazos; pero tuvo poder para resucitar o para recomponerse. En otras, el fuego fue en su origen un elemento tan terrible que hubo que reducirlo con la leche de la Madre Tierra. En

las versiones en que el animalito porta el fuego con la cola, ésta le queda para siempre pelada y chamuscada; en las que se dice que lo ocultó en el vientre, se le formó como consecuencia el marsupio en que carga a sus crías.

Muchas más fueron sus proezas: robó el pulque y el tabaco, inventó el nombre de los días, determinó que el gran río tuviera curvas, gobernó a los demás animales antes de la creación... en fin, que el tlacuache es uno de los personajes más activos y polifacéticos del tiempo primigenio.

Cómo se crea un personaje

¿Qué se vio en el tlacuache para convertirlo en personaje mítico? El tlacuache encarnó, por sus conspicuas cos-

tumbres, la sublimación del latrocinio. No se encontró en el resto de los seres mundanos otro capaz de manifestar con mayor claridad y fuerza que su esencia contenía la cualidad de ladrón. Fue una atribución paralela a la del león en otras partes del planeta, animal considerado como rey de la selva.

La designación no fue asunto simple. El caso se nos presenta como un triángulo en cuyos vértices se encuentran:

a) un conglomerado de cualidades que se atribuyen a una entidad de sustancia divina, conjunto que es representable en un personaje mítico... o en un dios;

b) un animal que responde a dicho conglomerado con sus atributos anatómicos, fisiológicos y etológicos, y

c) un personaje producto de la confluencia de los dos puntos anteriores.

Lo cierto es que no se puede hacer un sencillo trazo unidireccional para unir los tres vértices. No podemos imaginar que un mitopoeta pensó en el latrocinio y en otras cualidades abstractas, observó la naturaleza de los tlacuaches, se inspiró y creó un simpático personaje ladrón con características tlacuachescas. El proceso fue mucho más complicado: a lo largo de siglos (y tal vez milenios) fue integrándose un complejo mítico en el cual las cualidades se fueron conglomerando, al tiempo que se iban observando—y construyendo—los atributos del animal; dichos atributos se entremezclaron con los adjudicados a otros seres (entre ellos seres divinos); se cristalizaron múltiples creencias acerca del *aquí-ahora* y del *allá-entonces*, y se formalizaron muchos relatos sobre cómo las fuerzas en reñego conformaron el mundo. Total, que entre los diferentes ángulos del complejo hubo un ir y venir de observaciones, inspiraciones, suposiciones y prejuicios, y la lógica del mito construyó no sólo las aventuras formadoras, sino la figura del personaje, su parentesco con otros seres míticos y la concepción de un animal como red de descubrimientos e imputaciones.

Así se crearon simultáneamente aventura, personaje e imagen del animal mundano. En su equiparación con personajes divinos, el humilde tlacuache quedó extrañamente emparentado con Quetzalcóatl (con el dios y con su encarnación, el sacerdote legendario), y en sus correrías por milpas, trojes, bosques y gallineros se creyó entender tantos misterios, que su ser natural se ha enaltecido. Sí, porque nuestra observación de la naturaleza, aun la más depurada, siempre se encuentra mediada por preconcepciones que son fruto de nuestra cultura. La realidad no se encuentra ni totalmente en nuestra mente ni totalmente en el exterior. Ni la inventamos ni la observamos: la construimos.

Fuente: *Arqueología Mexicana*, no. 35



Consejo Editorial: Teresita Loera Cabeza de Vaca, Lorenza del Río de Icaza, Ricardo Melgar, Lizandra Patricia Salazar, Barbara Kconiezna

Coordinación: Patricia Suárez Ortega

Formación: Sandra S. Acevedo Martínez

cimor@prodigy.com.mx

Calle Jalisco No 4, Las Palmas Tels/fax. 3-18 39 08 y 318 39 16